

## RESEÑAS

**Fernando Bárcena, Maximiliano Valerio López y Jorge Larrosa (organizadores), *Elogio del estudio*. Miño y Dávila, Barcelona y Buenos Aires, 2020.**

Una serie de autores se reúnen en torno a una vieja palabra para resignificarla, rescatarla y pensarla de nuevo -contraculturalmente- en una época saturada de sobreexpresiones, estímulos y compulsiones exististas. Nos referimos a la palabra *estudio*.

Este libro es el tercero de una serie que se inició con el *Elogio de la escuela* y continuó con el *Elogio del profesor*. Se compone de seis capítulos que entran una tarea conjunta, pensar la escuela, la universidad y el estudio, reapropiarse de algunos sentidos y rescatar esas palabras de los lenguajes tecnocráticos.

En el *prólogo*, Carlos Skliar nos narra la perplejidad que hace tiempo viene suscitando la palabra estudio en algunos espacios (pedagógicos, universitarios), puesta en entredicho por aquellos que ponen en el centro de la escena la palabra *aprender*. Skliar se pregunta qué pasa al estudiar; que al mismo tiempo es leer y escribir; que es lo propio que hace un estudiante; qué hay del silencio, del tiempo, del espacio de los libros, de las imágenes o de los textos; de la atención a lo que se lee, del detenerse frente a lo que se estudia; qué es lo que hace un profesor para estudiar y para enseñar ese oficio a los estudiantes. ¿Cómo se compone esa escena compleja del estudiar? Skliar nos recuerda que un elogio “es tanto una alabanza como un temor por una pérdida o una derrota, el volver sobre los propios pasos con firmeza y también como un gesto de melancolía, el deseo de que ciertas cosas -como el estudio, el estudiar, el estudiante- no desaparezcan en el revoltijo de mareas de ésta época” (p. 11-12).

En el capítulo uno, titulado *Meditación sobre la vida estudiosa*, Fernando Bárcena parte de la idea de *meditatio*, para referirse al estudio (*studium*) como una forma de vida. Piensa en esos profesores que buscan transmitir en el aula lo ganado por ellos a través de una forma de vida estudiosa: alguien que lee y toma nota en sus cuadernos, y que en ese gesto le dedica un tiempo a la *vita contemplativa*. La vida estudiosa se caracteriza por tener un aspecto íntimo. Hablar de intimidad, en éste sentido, no es hablar de asuntos privados, sino de *intensidades*. Como Penélope (ejemplo que subraya el autor) que teje y desteje su telar, dedicarse a una vida estudiosa es sumirse en ese hacer y deshacer constante entre el pensar, el leer y el escribir (como en el arte de la música, la escultura, la pintura). Bárcena expresa que en algo hemos perdido ese arte de la lectura atenta, del subrayado de los libros, de los cuadernos de anotaciones y de las lecturas y escrituras repetidas. La vida estudiosa no es la que hace a una vida replegada sobre sí misma en el sentido de una mónada sin ventanas (el estudiante aislado del mundo en

#### Horizontes filosóficos N° 10 - 2020

su cuarto) sino aquella que en el mismo acto de estudiar evoca otro tipo de ánimos, de intensidades, de intimidad con las cosas, otro *ethos*.

En *Aprender/Estudiar una Lengua*, capítulo dos del libro, Jorge Larrosa se propone clarificar la distinción entre estudio y aprendizaje estableciendo una diferencia entre aprender una lengua y estudiar una lengua. En el estudio el énfasis no está puesto sobre el sujeto sino sobre el objeto (en la materia misma). No se estudia una lengua para convertirse en hablante (ser el sujeto de la lengua) sino para ponerse a la escucha de lo que la lengua devela de mundo, para aquello que pueda traer de desconocido. Una lengua se aprende para usarla, se la usa como instrumento de comunicación. Tiene que ver con la adquisición de los saberes y de las competencias necesarias para vivir en el mundo. En cambio, la lengua estudiada es un talismán para otra cosa: el develamiento, la apertura, el descubrimiento del mundo. Larrosa reflexiona sobre las dificultades de estudiar en una sociedad (y una escuela) obsesionada por la idea de aprendizaje. Ésta *learnification* de la educación -concepto que toma de Gert Biesta- desplaza el discurso educativo por el discurso del aprendizaje. El autor va a definir como capitalismo cognitivo ese *modus operandi* en el que la capacidad de aprendizaje es permanentemente capitalizada y transformada en fuerza de trabajo. El estudio no tiene que ver con la adquisición de conocimientos, destrezas y competencias, sino con la formación de un vínculo más atento, cuidadoso, denso y profundo con el mundo. La tarea de la escuela (y de la universidad como una especie de escuela) es transformar a los alumnos en estudiantes, cultivar una formación estudiosa en relación con el mundo.

En el capítulo tres, *El estudio como cuidado del mundo*, Diego Tatián parte de la expresión “cuidado del mundo” (desde la categoría de *sorge* de Martin Heidegger y de *care de* Hanna Arendt) como inherente al “mundo”, como aquello de que nos cuidamos y aquello que atendemos, por lo que nos ocupamos y nos preocupamos. El autor se pregunta si acaso el estudiar es una forma de cuidar el mundo. Éste “no equivale al conjunto de todo lo que hay sino más bien invoca una excedencia y la apertura que lo hace posible. Así, mundo es también lo que no hay, lo ausente, lo que falta (...) lo posible, lo perdido o lo que no se deja ver” (p. 103). En este sentido, el estudio como una forma de cuidado del mundo (mundo aquí no es un concepto físico sino fenomenológico o “imaginario”) es un deseo de hallazgo, un peregrinaje intelectual, cultural, filosófico, religioso y pedagógico. Mundo -a diferencia de la Tierra o el Universo- es “lo indeterminado que cada nueva generación deberá concebir y crear” (p. 103). Tatián ofrece una especie de recorrido genealógico alrededor de la “curiosidad” (*curiositas*) considerada en la antigüedad y en la edad media como un impulso diabólico (una pasión que se deja afectar por

#### Horizontes filosóficos N° 10 - 2020

una multiplicidad sin síntesis, una curiosidad ingenua, sin método ni propósito, es decir, ilimitada) y que luego será rehabilitada en la edad moderna como una curiosidad autoconsciente, donde lo ilimitado significa no subordinado a la divinidad ni a la autoridad de los antiguos. El estudioso, en el sentido de esta *curiositas*, no es el individualista posesivo del saber; sino el que se refiere al mundo, el que se vuelca a sus objetos naturales y culturales, no como objetos de posesión y consumo sino como objetos en sí. Es una de las formas de la *gratuidad*. Tatián rescata la dimensión afectiva, deseante y política que tiene el estudio. Dentro del capítulo el autor escribe una coda a la escuela y a la universidad. De la primera, la escuela, nos habla no como una extensión de lo que hay sino como indagación de lo que no hay, en tanto parte del mundo que cuidar por la memoria, la atención, el deseo. “Cuidado del mundo es inadecuación crítica, suspensión de lo establecido, recuerdo de las cosas ocultas desde su comienzo –cosas que descubrir o inventar- por la que despertar curiosidad y deseo de estudio” (p. 113). De la segunda, revitaliza la idea de universidad como un lugar común, dónde además de producirse ciencia, pensamiento, literatura, es un espacio de encuentros de los cuerpos, de ideas y de palabras para el estudio, para la amistad y la política, que el neoliberalismo académico busca dismantelar a través de la autodidaxia virtual emprendedorista. La universidad como un lugar donde ir a vivir, pero donde el vivir signifique, quizás, el salirse de ella con una curiosidad hacia otras formas de existencia, “con un saber de los otros (en el doble sentido de la expresión)” (p. 117).

En el cuarto capítulo, escrito por Máximo Valerio López y llamado *del ocio al estudio*, el autor recupera a través de Ranciére la noción de *Skholé*. Nos muestra que la escuela no es un lugar de preparación sino de separación del trabajo, un espacio de ocio. No hay continuidad en sus raíces etimológicas entre el término escuela y la idea de mercado. Ese tiempo abierto de la escuela, es el terreno allanado para transformarlo en un tiempo de posibilidad, dónde nada es necesario. Si el ocio es difícil de sostener es porque nos confronta con esta dimensión de la posibilidad. De lo que se trata, en definitiva, es de transformar ese tiempo de ocio en tiempo de estudio. El autor nos confronta con una idea ontológica del estudio y no tanto como un problema epistemológico. El estudio no se relaciona con el conocimiento que tengamos del mundo, sino con el mundo mismo. Advierte también cómo la palabra estudio ha sido reemplazada por la de aprendizaje. El aprender expresa el deseo de tomar algo del mundo, en tanto que el estudio se refiere al deseo de cuidar de algo, de prestarle atención. López también resignificará la noción de técnica como un modo de dar forma y traer a la presencia un mundo potencial, así como un artesano trabaja la materia propia de su oficio. De ahí la noción de estudio como cultivo, transmisión. Y la escuela pública como el espacio de posibilidad de abrir el mundo y ofrecer las técnicas que nos dan acceso a él, manteniendo el mundo mismo como

algo inapropiable.

En el quinto capítulo, *Sobre formas de hacer: el estudio y el oficio de profesor*, las autoras Caroline Cubas y Karen Rechia se preguntan por la figura y el trabajo del profesor como un oficio caracterizado por uno de sus gestos primordiales, el del estudio. Abordan la noción de escuela como institución que conforma un tiempo libre y suspendido de la sociedad. El conocimiento deviene materia de estudio y se lo *suspende* de cierta utilidad y apropiación. Algo se pone a disposición para el estudio, se lo *profana* en sentido de hacerlo público, de poner a disposición las cosas para un uso libre y nuevo. De la suspensión y la profanación, nace un tercer elemento, la *atención*, no entendida como una elección personal, sino como aquello que está fuera de nosotros, para lo cual nuestra atención debe ser orientada, en este caso, al propio mundo. El profesor es un *amateur*, ese que tiene amor por el asunto, por la materia de estudio y que, consecuentemente, involucra a sus alumnos. Se trata de un gesto potente, el de producir en el aula una *presencia en el presente*.

Jan Masschelein, en el sexto capítulo, llamado *Algunas notas sobre la universidad como Studium. Un lugar de estudio público colectivo*, nos invita a re-imaginar la idea de universidad como un espacio de prácticas colectivas y públicas de estudio. Nos recuerda que en la Edad Media la universidad no era sólo una versión más sofisticada de las escuelas catedralicias ni una versión actualizada de las academias antiguas, sino que consistía en un tipo de reunión donde el conocimiento se tornaba público y, por tanto, se volvía objeto de estudio. La universidad era un espacio de encuentro entre “maestros” y “estudiantes”, es decir, entre personas que se dedicaban a “estudiar”. En esos recorridos, Masschelein piensa la universidad alrededor de la palabra *Studium*, como el “mirar atentamente”. Las formas pedagógicas son precisamente las formas de cuidar o prestar atención, “las universidades deben reclamarse como las primeras cuidadoras, como *asociaciones* preocupadas, en lugar de como máquinas de producción (de conocimiento, de resultados de aprendizaje, de impacto, de innovación). El cuidado se puede traducir como *prestar atención*.” (p.196). Con la noción de *Studium*, es posible repensar la universidad como encuentro, como asamblea, como colectivo que articula un movimiento de pensamiento público a través de formas pedagógicas singulares para trabajar y cuidar un futuro compartido.

El libro finaliza con un *epílogo* de Jorge Larrosa. Nos narra como la vieja palabra estudio empezó a habitar las mentes de estos autores, compartiendo una inquietud colectiva, sobre cómo volver a ser estudiosos cuando los modos, los procedimientos, los espacios y las materialidades han sido en gran parte arrebatados. O como lo expresa Larrosa, “cómo reclamar lo que algún día fue nuestro”.

**Martin A. Properzi**  
**Universidad Nacional del Comahue**